

RENÉE ROSEN

UN VERANO EN  
PARK AVENUE

*El glamuroso Nueva York de los 60 y la revista Cosmopolitan*

*Traducción de:*  
MILO JORDI KRMPOTIĆ



MAEVA

# Prólogo

2012

LA BRISA SOPLA a través de la ventana abierta, las cortinas se mecen con un movimiento lento y perezoso. Es agosto y a primera hora de la mañana ya comienza a hacer calor. Estoy sentada a la mesa de la cocina y una franja de luz entra por la ventana y me calienta el dorso de las manos. Se me ha enfriado el café. De repente me cuesta demasiado ponerme en pie y atravesar la estancia en busca de otra taza, porque lo único que hago es releer el titular mientras el corazón se me encoge una y otra vez en el pecho. Ahí está, en el *New York Times*: «Fallece a los noventa años Helen Gurley Brown, la emblemática directora de *Cosmopolitan*».

El texto intenta retratarla, rendir homenaje a la mujer que dio permiso a las jóvenes solteras de todo el país para unirse a la revolución sexual, que hizo resucitar una revista moribunda y le presentó una nueva maravilla al mundo: la chica Cosmo. Unos párrafos más abajo menciona a otras feministas como Betty Friedan y Gloria Steinem, y aborda el controvertido papel de Helen Gurley Brown dentro del movimiento femenino. Está todo allí y, tratándose del *Times*, estoy segura de que Margalit Fox se habrá encargado de que todos los datos sean correctos, pero sigo pensando que hay más cosas que contar acerca de Helen. Cosas que solo un pequeño grupo de elegidos conoce.

Vuelvo a mirar la necrológica y una línea de texto destaca entre las demás: «Helen Gurley Brown tenía noventa años, aunque algunas partes de su cuerpo eran considerablemente más jóvenes». No

puedo dejar de sonreír mientras paso los dedos por encima de la fotografía que acompaña la pieza. Se trata de una imagen en blanco y negro tomada en su despacho en 1965, poco después de que comenzara a trabajar en *Cosmopolitan*. Helen lleva un vestido de estampado de leopardo, está sentada ante su escritorio con un lápiz en la mano y tiene numerosos papeles esparcidos frente a ella. A un lado, como saliendo de la página, veo a una chica. Está cortada, la mitad de su cuerpo se ha quedado en el suelo de la sala de edición. Aun así, reconozco el patrón geométrico de su vestido y entreveo su rostro: un ojo, la nariz, la comisura de la boca y los mechones de pelo que le rozan el cuello con delicadeza. Conozco bien ese vestido, y mejor aún a esa mujer.

Porque soy yo, cuarenta y siete años atrás.

# Capítulo uno

NUEVA YORK

1965

HABÍA DOBLADO Y redoblado tantas veces el mapa del metro durante los últimos días que este estaba a punto de partirse por la mitad. Por alguna razón me había subido al tren equivocado. Otra vez. Había acabado en Times Square en vez de en la Calle 57. «¿Y ahora qué?».

Me bajé del vagón, di unos pasos vacilantes y me quedé paralizada en el andén mientras la gente me rodeaba y golpeaba el portafolio al pasar, sacudiendo las fotografías que había en su interior. Una mujer joven vestida con un sari de colores rosa y dorado llamó al niño pequeño que corría por delante de ella, quien acababa de dejar atrás a un hombre que tocaba los bongos. La estación de Times Square era un laberinto de corredores y túneles embaldosados, con escaleras que conducían de un nivel frenético a otro. Un grupo de señales confusas me orientó en todas las direcciones: la parte alta de la ciudad, el centro, el Bronx, Brooklyn, la Octava Avenida, la Calle 40...

No tenía tiempo para correr el riesgo de subirme al tren equivocado, así que doblé el desgastado mapa, lo guardé en el bolso y me dirigí hacia la salida de la Calle 42, donde me recibió un estallido de bocinazos y una ráfaga de gases de los tubos de escape. Me quedé parada en la acera sintiéndome tan desconcertada como dentro de la estación; sin embargo, aquello era estimulante. Había llegado a Nueva York hacía una semana, e igual que la ciudad, me

sentía viva, llena de posibilidades y aventuras. Podía pasar cualquier cosa. Mi vida estaba a punto de comenzar.

Nunca había tomado un taxi y por un momento me quedé paralizada. No pude más que observar la técnica que empleaban otras personas, como el hombre de negocios que levantó la mano muy ligeramente y consiguió su objetivo con apenas un par de dedos. Otro hombre, que tenía unas ojeras grandes e hinchadas como carrillos, gritó «¡Taxi!» con tono autoritario e hizo que el conductor atravesara dos carriles antes de detener el coche con un chirrido. Misión cumplida. La mujer que tenía al lado sacudió la mano como si fuera una varita mágica e hizo aparecer un taxi. Imité su método, agitando los dedos como una aficionada. Dos taxis pasaron a toda velocidad muy cerca, como si yo fuera invisible, antes de que uno se detuviera. Le di la dirección al conductor mientras este tocaba la bocina, avanzaba unos centímetros y dejaba apenas un suspiro entre su parachoques y el taxi de delante. Éramos un eslabón más en esa cadena de taxis de color amarillo que no iba a llegar a ninguna parte con rapidez.

Miré el reloj del salpicadero.

—Tengo una cita dentro de veinte minutos —le dije al conductor a través de la nebulosa ventana de plexiglás que nos separaba—. ¿Cree que llegaremos a tiempo?

El hombre me dirigió una mirada impaciente a través del retrovisor.

—Podría haber ido caminando, señorita —contestó con un marcado acento de Brooklyn.

Me recosté contra el asiento, intentando relajarme, aferrada al portafolio: un estuche casero que protegía mis fotos, montadas en hojas de papel de construcción entre dos tapas de cartón. Había usado una cinta negra para hacer un nudo y cerrarlo.

Era un día soleado, cálido para esa época del año, y el taxista tenía todas las ventanillas bajadas. Respiré hondo, incapaz de reconocer el aroma, hasta que me di cuenta de que se componía de todo lo que no podía oler en ese momento: era la ausencia de la hierba, de los árboles y de la brisa relajante de los espacios abiertos. El aire, obstaculizado por los edificios, parecía estancado, casi viciado,

pese a que la ciudad se encontraba en un movimiento constante, llena de vigor y energía.

En la esquina de la Calle 47 y la Octava Avenida vi a un hombre y a una mujer que esperaban a que el semáforo se pusiera en verde. Me recordaron a las parejas que había visto en las películas. Él llevaba un traje oscuro y un sombrero de fieltro ladeado a lo Frank Sinatra. Ella iba impecable, vestida con una falda y una chaqueta a juego ceñida a la cintura. Él se sacó un cigarrillo del bolsillo del pecho y le ofreció otro a ella antes de encender ambos con gesto cortés. Mientras las bocanadas de humo se acumulaban sobre sus cabezas, el semáforo se puso en verde y los dos comenzaron a alejarse. Los observé hasta que desaparecieron entre la multitud de ciudadanos de Nueva York y deseé tener la cámara conmigo. En Ohio no se veía a gente así.

El taxi dejó atrás el cruce y yo me sentí embelesada al pensar que pronto iba a ocupar mi sitio entre los lugareños; caminaría con una meta, cada paso me acercaría más a las cosas por las que había ido hasta allí. Acto seguido, no pude dejar de pensar en mi madre, que tendría que haber hecho ese viaje a Nueva York conmigo. Yo no era una de esas personas que encontraban alivio en lo etéreo: «Ella sigue a tu lado, te protege».

Reanudamos la marcha y estiré el cuello, pues no quería perderme nada. Había más cosas que ver en esos dos bloques que en todo Youngstown. Me eché hacia delante para admirar mejor la valla publicitaria gigante de Camel, en la que un hombre fumaba un cigarrillo y expulsaba anillos de humo de verdad. Por todo Times Square centelleaban los anuncios de Canadian Club, Coca-Cola, Chevrolet y un cartel de Admiral Television Appliances. Incluso a pleno día, las marquesinas de los teatros estaban encendidas y parpadeaban; algunas eran respetables y otras publicitaban *peep shows* en los que participaban «mujeres completamente desnudas». Eché de menos la cámara una vez más. Aunque no la llevara conmigo, no dejaba de hacer fotos dentro de mi cabeza.

Me había trasladado a Nueva York para convertirme en fotógrafa pese a que tanto mi padre como el resto del mundo, incluido

el editor del *Youngstown Vindicator*, me habían dicho que una mujer no podía realizar ese tipo de trabajo. Sacar instantáneas personales como hacía mi madre era una cosa, pero fotografías profesionales para periódicos y revistas... Eso nunca. Quizá no fuera posible en una ciudad pequeña, pero sin duda Nueva York tenía que ser diferente. Y el mero hecho de saber que según ellos no podría hacerlo me llenaba de determinación para demostrarles que estaban equivocados. La tozudez era algo que había heredado de mi madre.

Mi padre y Faye, su nueva esposa, me habían dicho que no financiarían mi «sueño imposible», así que, después de graduarme en la escuela de secretariado y trabajar como mecanógrafa durante tres meses en una fundición de acero, logré ahorrar 375 dólares. Era consciente de que con esa suma no llegaría muy lejos, pues el taxímetro ya había alcanzado los noventa centavos. Necesitaba conseguir un trabajo de manera inmediata... cualquier trabajo. Ya había hecho una entrevista con una empresa de contabilidad, a la que siguieron otras con un fabricante de andamios y con una agencia de seguros. Eran puestos que no deseaba y que, por suerte, no llegué a obtener.

Y ese fue el motivo por el que acabé recurriendo al número que llevaba conmigo desde mi llegada, pero que no había usado, quizá por un exceso de timidez o de orgullo. Llamé a Elaine Sloan. Elaine había sido compañera de cuarto de mi madre en Nueva York, cuando vivían en el Hotel Barbizon y las dos eran aspirantes a modelo. Aunque era guapísima, mi madre no había logrado cumplir su sueño y se convirtió en un ama de casa del Medio Oeste. Elaine acabó siendo la directora literaria de Bernard Geis y Asociados. La había visto en persona una vez, durante el funeral de mi madre, y desde entonces habíamos intercambiado algunas cartas y postales. Me había dicho que me pusiera en contacto con ella si alguna vez necesitaba algo y pensé que me podría ayudar a conseguir trabajo como fotógrafa, o al menos un puesto en la industria editorial.

Al llegar a Bernard Geis y Asociados, en la Calle 56 Este, me encontré en el piso cuarenta y dos, en un vestíbulo colorido repleto

de arte pop y sillas vaina de Eero Aarnio que parecían propias de un viaje a la luna. En medio de todo eso había una barra que habría tenido más sentido en una estación de bomberos y que atravesaba un agujero circular en el techo del piso superior. Mientras le daba mi nombre a la recepcionista, una mujer se deslizó por la barra. Su falda arremangada revelaba un liguero de color azul, y aterrizó con una agilidad digna de respeto.

Unos instantes después, Elaine Sloan hizo una entrada más circunspecta a través de una puerta lateral. Lo primero en lo que me fijé —como probablemente habría hecho cualquier otra persona— fue en su pelo, que se había vuelto canoso de manera prematura. Cada uno de sus mechones era de un brillante tono blanco plateado que reflejaba la luz y resaltaba el azul de sus ojos. Eran unos ojos con aspecto de haber visto más cosas que los de la mayoría de mujeres de su edad. Me dije a mí misma que se parecía a mi madre, aunque no tuvieran nada que ver. La mente me estaba jugando una mala pasada y sabía el porqué. Sí, yo era una mujer adulta de veintín años, pero seguía necesitando a mi madre. Elaine Sloan —su amiga más querida y devota— era lo más cercano a ella que me quedaba.

Me recibió con una sonrisa cálida y me condujo a su despacho, que tenía una vista espectacular del perfil de Manhattan.

—Cuéntame cómo puedo ayudarte —dijo, haciendo un gesto para que me sentara en la silla frente a su escritorio.

Después de contarle algunos detalles sobre mi descorazonadora búsqueda de trabajo, puse el portafolio encima de la mesa.

—Pero lo que de verdad busco es algo en el campo de la fotografía.

—Entiendo. —Se inclinó hacia delante para coger el estuche—. ¿Puedo?

—Por favor... —Le deshice el lazo y me quedé sentada en silencio mientras ella ojeaba mis fotografías, deteniéndose aquí y allá, pero sin decir nada. Cerró la tapa antes de llegar al final.

Fue un golpe para mí, pero no pensaba mostrarme desagradecida ni dejar entrever mi decepción.

Elaine sonrió, se recostó contra el asiento, y empujó el portafolio hacia mí con la punta de los dedos.

—Tienes ojo —dijo, solo por amabilidad.

—Gracias. —Anudé el portafolio y me lo puse en el regazo mientras pensaba que las cosas allí eran mucho más competitivas. En casa, la gente había apreciado mis fotografías, las habían seleccionado para el periódico y el anuario de la escuela, pero en Nueva York apenas lograban retener la atención ajena.

—Bueno, no es de fotografía —dijo—, pero tengo un puesto en mente. —Apretó el intercomunicador que había sobre el escritorio y dijo—: Ponme en contacto con David Brown, ¿quieres? —Soltó el botón y estiró el brazo para coger un libro del aparador que tenía tras ella—. ¿Te suena? —Me mostró un ejemplar de *La pícaro soltera*.

Esa cubierta azul me devolvió de inmediato a mi último año en el instituto, a la fiesta de pijamas en el sótano de Esther Feinberg, donde cuatro chicas nos pasamos la mitad de la noche despiertas, turnándonos para leer en voz alta *La pícaro soltera* de Helen Gurley Brown. Recordé que algunos pasajes nos hicieron lanzar chillidos, rodar de costado, y pegarnos una almohada a la cara para amortiguar la risa nerviosa y el impacto que sentíamos. En ese momento, no pensé que el libro pudiera aplicarse a mi situación porque tenía a Michael Segal. Mi futuro estaba solucionado. O al menos lo estuvo hasta que le devolví el anillo de su abuela, después de que él me dijera que no estaba preparado para casarse conmigo. Al día siguiente fui a comprarme mi propio ejemplar de *La pícaro soltera* y lo leí de arriba abajo. Más de una vez.

Un instante después, la voz de la secretaria graznó en el intercomunicador:

—Tengo al señor Brown en línea para usted.

—La mejor manera de llegar hasta Helen es a través de su marido —dijo Elaine a la vez que levantaba el teléfono y giraba sobre la silla para quedar de cara a la ventana—. Hola, David. —Se recostó y se rio de algo que él le había dicho. Observé su reflejo en el cristal mientras apoyaba los pies en el alféizar y cruzaba los tobillos. Llevaba un par de mocasines Gucci. Reconocí las G doradas y

entrelazadas en la parte superior—. ¿Helen sigue buscando secretaria? —preguntó—. Ah, bien. Tengo una persona a la que creo que debería conocer. —Se volvió hacia mí y me guiñó el ojo—. Se llama Alice Weiss. ¿Te la mando? Vale, ya me dices. Gracias, David.

Colgó, dejó caer los pies al suelo y se giró hacia mí para mirarme con una sonrisa.

—Sé que es un puesto de secretaria. No es haciendo fotos, pero tienes una entrevista con ella mañana.

—¿Con quién? ¿Con Helen Gurley Brown? —No me lo creía. Esa mujer era una celebridad. Una escritora famosa que había aparecido regularmente en programas de radio y televisión pese a que presentadores como Merv Griffin o Jack Paar no pudieran citar el título de su libro en antena.

—David llamará de nuevo para decirme la hora. Te la haré saber en cuanto hable con él. Mientras tanto... —Garabateó una dirección en un cuaderno de monografía, arrancó la página y me la pasó por encima del escritorio.

—¿Está escribiendo otro libro?

—En realidad, no. La compañía Hearst la ha contratado para ser la nueva directora de *Cosmopolitan*. —Elaine sacudió la cabeza, perpleja—. Lo último que supe fue que Hearst iba a cerrar la revista. Y, de repente, se traen a Helen. Debe de ser una especie de último recurso para salvarla. Hearst no suele contratar a mujeres para ese tipo de cargos y, sinceramente, todos nos estamos rascando la cabeza, preguntándonos cómo se las habrá arreglado para conseguir el trabajo. Estoy segura de que David habrá tenido algo que ver, porque Helen nunca había editado una revista. Dios mío, si ni siquiera había trabajado en una. —Elaine se rio ante la absurdidad del asunto—. Pero he trabajado con ella. Fui una de las editoras de esto. —Dio unos golpecitos sobre la copia de *La pícaro soltera* que descansaba encima del escritorio—. Y, aunque no esté de acuerdo con todo lo que dice aquí, pienso que es una mujer lista. Y sabe Dios que también es una descarada.

A LA MAÑANA siguiente, llegué al número 224 de la Calle 57 Oeste. Estaba en el vestíbulo esperando el ascensor, cuando dos chicas aparecieron a mi espalda. Tendrían mi edad, y una de ellas, la del pelo rubio platino cardado en un magnífico *bouffant*, apretó el botón de llamada una segunda vez, como si eso fuera a hacer que el ascensor llegara más rápido. La chica del *bouffant* llevaba un vestido recto de corte triangular color verde amarillento. La otra, una morena con un corte de pelo *pixie* y unos pendientes de araña que le llegaban a los hombros, llevaba una falda corta de cuadros rojos y blancos con botas hasta la rodilla. En comparación, yo parecía un enorme sello que decía «Ohio» en la frente, y eso que me había puesto mi mejor vestido de tubo con estampado de pata de gallo.

El ascensor se detuvo con un tañido y, después de que se abrieran las puertas, entramos en él. Las dos chicas se pasaron el trayecto charlando, y no repararon en que salí detrás de ellas en el cuarto piso y las seguí hasta el vestíbulo de *Cosmopolitan*. Antes de que desaparecieran por un pasillo, la del corte *pixie* se fijó en mí y volvió la vista con expresión neutra antes de mirar al frente de nuevo y dejarme atrás. No había nadie en la recepción, así que me quedé esperando.

La oficina no era como había imaginado. La tenían muy descuidada. La moqueta estaba gastada hasta el punto de que el forro se había deshilachado. Los asientos acolchados de las sillas de cuero tenían grietas por las que asomaban venas de relleno blanco. Incluso el polvo pegado a las hojas de las plantas de plástico de la entrada anunciaba a quien cruzara esa puerta que el público lector había perdido la fe en esa pobre revista.

Seguía sin haber señal de la recepcionista. Para pasar el rato, me puse a examinar las portadas de números pasados que, colgadas en marcos ridículos, llenaban el vestíbulo. Me sorprendió lo que vi. La revista *Cosmopolitan* que yo conocía estaba llena de recetas y consejos para el cuidado de la casa, pero las paredes del lugar contaban una historia diferente. Había una placa con un listado de autores que escribieron para la publicación y este se remontaba al siglo XIX, e incluían a Mark Twain, Edith Wharton,

Kipling y otros. Entre las portadas colgadas estaba la del número de abril de 1939, que contó con el relato *Cosas de la vida* de Somerset Maugham. En marzo de 1935, Pearl S. Buck publicó allí una *nouvelle*. *El regalo de los Reyes Magos*, de O. Henry, también apareció en *Cosmopolitan*.

Estaba examinando una portada de 1906 que mostraba a un jefe indio a caballo cuando una mujer apareció a la vuelta de la esquina con una caja apoyada contra la cadera de la que sobresalían un fichero rotativo y una foto enmarcada. Llevaba el bolso colgando de la muñeca.

—Disculpe... —le dije—. Busco a la señora Brown. Tengo una cita con ella.

—Al fondo. El despacho de la esquina. —Hizo un gesto con el mentón mientras retrocedía y empujaba la puerta del vestíbulo con el trasero.

Me aventuré por ese pasillo alargado que se abría a un espacio más amplio con varios escritorios cerca de los despachos privados. Mientras me acercaba al de la nueva directora me di cuenta de que el escritorio exterior estaba vacío; ni un lápiz o clip descansaban sobre su superficie. El cenicero estaba impecable y la máquina de escribir yacía cubierta por una funda de plástico.

Me acerqué poco a poco. La puerta estaba abierta y pude entrever por primera vez a Helen Gurley Brown, que estaba apoyada al borde de un escritorio de caoba que parecía demasiado grande para su menuda figura. Estaba al teléfono, y uno de sus pendientes dorados de clip —que más tarde averiguaría que eran unos David Webb, valorados en más de mil dólares— descansaba en el cenicero; supuse que habría aterrizado allí después de que ella se desprendiera de él para poder atender la llamada. Llevaba puesto un vestido de chifón de color salmón con escote redondo. Pensé que era mucho más atractiva en persona que en la foto de la cubierta del libro. En *La pícaro soltera* se había mostrado de lo más crítica consigo misma, se había definido como una «hamburguesa de ratón», pero la mujer que tenía ante mí no era ninguna muchacha sosaina salida de las montañas Ozark. Una abundante cabellera de color castaño oscuro

remarcaba sus rasgos delicados, incluida esa nariz que, según el libro, era obra de un buen cirujano plástico. Su maquillaje, aunque cargado y dramático, era impecable. Jamás había visto a alguien con las cejas tan bien arqueadas y, aunque se las hubiera pintado, estas dirigían la atención hacia sus ojos oscuros y misteriosos, pero un poco tristes. A su lado tenía un ramo de rosas cuyo suave aroma se mezclaba con el perfume que se había puesto.

Supuse que la decoración —las cortinas a rayas de color naranja y marrón, las pesadas sillas de madera, el aparador y la alfombra peluda— reflejaba el gusto de su predecesora. Al margen de ese mobiliario tan voluminoso, la habitación estaba vacía, incluido el tablón de anuncios, con sus chinchetas remachadas que esperaban a ser usadas de nuevo.

La señora Brown seguía al teléfono, no dejaba de enroscar el cable del auricular en torno a su esbelta muñeca.

—Pero David, la mujer no me ha dado opción. Solo llevo dos días aquí... no puedo ser una jefa tan horrible. Me ofrecí a invitarla a comer el primer día, y a Delmonico's, tal y como me sugeriste, pero contestó que estaba demasiado ocupada. Demasiado ocupada buscando otro trabajo, parece.

Puesto que no quería espiar, me alejé de la puerta, pero seguí oyendo cosas. Aunque hablara con suavidad, la voz de Helen Gurley Brown era peculiar y directa. No había oído nada igual; era sedosa y vivaz, coqueta y susurrante como la de Marilyn Monroe, pero con un deje de trismo. Apenas abría la boca y, sin embargo, cuando hablaba todo el mundo la oía. En todas partes. De costa a costa del país y a lo largo y ancho del mundo.

Sin colgar aún, rodeó el escritorio y vi que tenía una pequeña carrera en la media que le atravesaba la parte posterior de la pantorrilla. Se dejó caer en la silla y se inclinó hacia adelante, apoyándose en los codos como si tuviera que soportar un peso tremendo. Apretando las muelas, dijo:

—¿Qué voy a hacer sin una jefa de redacción, David? ¿Quién va a ocupar ese puesto? Ya he perdido a otras dos editoras. Están cayendo como moscas por aquí.

Al acabar la llamada, sin reparar en mi presencia, agarró la agenda y se puso a tamborilear con un lápiz sobre el escritorio mientras su pie hacía lo propio en la alfombrilla de plástico. Llamé en el marco de la puerta y ella levantó la vista, sobresaltada. Vi que estaba llorando.

Se pegó la palma de la mano al pecho y lo primero que me dijo fue:

—Ay, cielos, ¿tú también vas a dimitir?

Había practicado las líneas iniciales de mi discurso —«Es un gran honor conocerla»—, pero sus lágrimas consiguieron sacarme del guion.

—En realidad, he venido a una entrevista de trabajo. Para ser su secretaria. Me manda Elaine Sloan. Me llamo Alice, Alice Weiss.

—Oh, gracias a Dios. —Parpadeó y se le escapó otra lágrima mientras se levantaba del escritorio y se acercaba a mí con rapidez—. Alice Weiss, cuánto me alegro de verte. —No podía pesar más de cuarenta y cinco kilos, pero percibí la fuerza de una mujer más robusta cuando me cogió por el brazo y me hizo entrar al despacho. Sin soltarme, me miró con sus grandes ojos marrones—. Dios mío, eres tan... joven. Esperaba a alguien mayor. —Sonaba congestionada por el llanto.

Metí la mano en el bolso y le di un pañuelo de papel junto con mi currículum.

Ella me lo agradeció, se secó los ojos con unos toques suaves y me invitó a tomar asiento antes de recomponerse del golpe.

—Bueno, pero si eres un encanto... —dijo, espabilándose—. Bonito pelo. El mío es tan fino que hay zonas en las que se me ve el cuero cabelludo. Esto es una peluca, ¿sabes? —A modo de demostración, tiró de un mechón para sacarse de sitio la melena.

No supe qué decir, así que me quedé sentada en silencio, esperando, mientras ella echaba un vistazo a mis credenciales y hacía algún que otro comentario.

—Ohio, ¿eh? Yo soy de Arkansas.

—Lo sé. He leído su libro.

Ella sonrió sin apartar la vista del currículum.

—Veo que tecleas rápido. Setenta y cinco palabras por minuto. Está bien. Sabes, yo también fui secretaria. Ay, se me daba fatal —dijo con una risita traviesa mientras recogía el pendiente del cenicero, le soplabla encima para quitarle las cenizas y volvía a ponérselo en la oreja—. No podía conservar un empleo aunque me fuera la vida en ello. En cinco años tuve diecisiete trabajos como secretaria. ¡Diecisiete!, ¿te lo imaginas?

Le dio la vuelta a mi currículum, como si esperara que hubiera más al otro lado.

—Ay, cielos. —Levantó la mirada y frunció el ceño—. Pero si no tienes ninguna experiencia en revistas, ¿verdad? —Ladeó la cabeza y proyectó el labio inferior hacia fuera: «Pobre corderita».

—Pero soy lista —le dije—. Y trabajo duro.

—Oh, estoy segura de que así es, cariño. —Juntó las palmas de las manos como si rezara y sus numerosas pulseras tañeron igual que la campana que anuncia la comunión—. Pero verás, cuando Elaine le habló a David de ti, esperábamos a alguien con más experiencia. Necesito una secretaria que conozca este negocio. Lamento que hayas tenido que venir hasta aquí para nada. —Se puso en pie y me ofreció la mano—. Pero ha sido un placer conocerte.

Le estreché la mano y le di las gracias, pero, cuando me disponía a marcharme, algo me detuvo. Quizá se tratara de la única oportunidad que tendría en la vida de estar cara a cara ante Helen Gurley Brown. La entrevista de trabajo había acabado y no tenía nada que perder.

—¿Señora Brown?

Ella levantó la vista del escritorio.

—¿Sí?

—En su libro, usted anima a las chicas solteras a encontrar un trabajo que pueda convertirse y, discúlpeme si le parafraseo, «en tu amor, tu píldora de la felicidad, un método para descubrir quién eres y lo que puedes llegar a hacer».

Vi que sus labios se curvaban hacia arriba.

—Diría que esa ha sido una cita textual.

—Supongo que tenía la esperanza de que trabajar para usted fuera mi píldora de la felicidad.

Ella dejó el lápiz sobre la mesa y me sostuvo la mirada. Tuve la sensación de que se asomaba a mi interior, de que veía mis secretos y mis miedos. Era la gitana y yo su bola de cristal. Al cabo de un instante, percibí un cambio en su postura; relajó los hombros y la expresión.

—Vuelve aquí, gatita. Siéntate.

Hice lo que me pedía y me senté con las rodillas pegadas y las manos aferradas al bolso.

—Este trabajo requiere de más cosas que escribir a máquina y contestar al teléfono. Necesitaré a alguien que pueda hacer piña conmigo. Tienes que saber cómo tratar con el público. Y eso a veces significa mantenerlo a raya y decir «chao chao». —Hizo un gesto coqueto de abrir y cerrar la mano—. Necesitaré ayuda con todo. —Se puso a contar con los dedos—. Está mi agenda, la organización de los viajes, las reuniones en las que hará falta que te sientes y tomes notas. Está el correo de las fans, y también mis asuntos personales. Necesito a alguien que pueda planear una gala en un santiamén.

Asentí con la cabeza para que supiera que no me había asustado, aunque en realidad todo eso parecía abrumador.

—He heredado un negocio desastroso en este sitio —prosiguió—. Darle la vuelta a esto va a costar mucho trabajo duro y jornadas muy largas. Esperan que transforme *Cosmopolitan* y tengo la sensación de que la empresa Hearst no se sentirá muy feliz con lo que pienso hacer. Habrá que batallar en cada paso del camino. ¿Estás dispuesta a asumir un desafío de este tipo?

—Sí —contesté, sin saber muy bien por qué estaba tan empeñada en conseguir ese trabajo. De acuerdo, necesitaba el dinero, cuestión que ni siquiera habíamos comentado aún. Y sí, había estado en algunas entrevistas terribles. Pero, por encima de todo, me dejé llevar por la emoción: una mujer en el despacho de la esquina, llevando la voz cantante... En ese momento decidí que, si me daba la oportunidad, haría todo lo posible por ayudarla. Me aseguraría

de que a Helen Gurley Brown no le faltara nunca de nada, ni una taza de café, ni un lápiz afilado, ni una reserva para cenar en un sitio imposible. Estaría allí para servirle.

—Bueno —dijo—, ¿te das cuenta de que vamos a aprender este negocio a la vez?

—¿Significa eso que el puesto es mío?

Una voz cargada de electricidad estática nos interrumpió desde el intercomunicador del escritorio.

—¿Señora Brown? Tengo al señor Deems al teléfono para usted.

Helen levantó un dedo, poniendo mi destino en espera. Frunció el ceño, lo que reveló su edad por primera vez; constaté que lucía hasta el último ápice de esos cuarenta y tres años. Tal y como había hecho ante mí unos momentos antes, vi que volvía a echar los hombros hacia atrás, levantaba el mentón y se quitaba de nuevo el pendiente para sacudirlo dentro de la mano como si fuera un dado.

—Vaya, hola, Dick —dijo, obligándose a sonreír con la voz—. Sí, sé que Betty ha dimitido. Me ha entregado su carta de renuncia esta mañana. —Colocó el teléfono entre la oreja y el hombro, dejó caer el pendiente y cogió un lápiz, que sujetó con las dos manos, una en cada extremo—. Oh, soy consciente de ello. No podría llegar en peor momento.

Oía la voz amortiguada de Deems al aparato y supuse que debía de ser un empleado de Hearst. Ella se removió en la silla y presionó el lápiz con tanta fuerza que se le pusieron los dedos blancos.

—Bueno, Dick —dijo con voz de arrullo—, no sirve de nada que te pongas así. Tenemos tiempo. El número de abril acaba de llegar a quiosco y... —Respiró hondo, el lápiz comenzó a doblarse, pero su voz sonó completamente serena—. Todo irá bien, Dick. En serio. De hecho, ya tengo a alguien en la cabeza para el puesto de directora de redacción. —Oí hablar al hombre de nuevo, esa vez a un volumen un poco más alto—. Bueno —Helen soltó una risa ligera, alegre, mientras partía el lápiz por la mitad—, pues claro que voy a repasar el planillo. Es lo primero que pienso hacer.

La señora Brown agarró otro lápiz. Pensé que también iba a romperlo, pero en su lugar anotó algo en un bloc de notas y lo giró hacia mí: «¿Puedes comenzar mañana?».

Nada más colgar la llamada con Dick Deems, se volvió hacia mí con la mano aún en el aparato.

—¿Tienes idea de lo que es un planillo?